

Aproximándose Quiroga á su interlocutor, pero sin mirarle de frente, según su costumbre, sentóse á horcajadas sobre la silla inmediata, agregando:

—Ya lo creo que nos hubiéramos lucido metiendo á los riograndenses tierra adentro á punta de lanza.

Y al par que relámpagos de ira reconcentrada parecían chispear sus grandes y hermosos ojos, agregó:

—¡Es verdad! Ahora me acuerdo. Mi secretario Ortiz me instaba abriera los oficios llegados de Buenos Aires en aquella ocasión. Nos llamamos por el Pocito. Se asaba un *cabritillo*. «*Echelo al fuego*, le dije. Vamos á comer. No quiero hacerme mala sangre ni quiero saber nada con los *porteños* ¿Con qué pataratas me vendrán ahora? Nada tengo que hacer con Rivadavia, á quien no reconozco en su presidencia usurpada » Después supe que Ortiz no había arrojado al fogón inmediato esas comunicaciones, pero nunca quise abrirlas. ¡Qué barbaridad! ¿Conque al fin me encontraron alguna vez bueno para algo? ¡Qué ocasión, caramba! ¡Mis pobres riojanos se hubieran cubierto de gloria formando la vanguardia de la nación!

### III

El terrible caudillo de los Llanos no pudo dormir en toda aquella ingrata noche de remordimientos, acaso los primeros en su agitada vida, y encerrándose en su cuarto frío y solitario, se paseaba del uno al otro extremo. Nervioso, abatido y exasperado á la vez por el pesar y el arrepentimiento, mesábase sus largas barbas. Agarrándose con ambas manos la cabeza, tiraba de sus renegridos cabellos, que tan largos como aquéllas *enmarcaban* con siniestra expresión su semblante de un mate pálido, desagradable, ceñudo y violento, acentuado por un gesto dominante

Entre exclamaciones de ira despedía chispas de rabia reconcentrada aquella su intensa mirada acerina.

Luego se paseaba agitado á pasos acelerados, cual fiera aprisionada, despreciándose al saber cómo había perdido la ocasión de elevarse y convertirse en espectable figura militar defendiendo la patria...

Todos esos remordimientos sombríos y atormentadores atropellábanse en su interior, exaltando la imaginación del vencido caudillo, y soberbio y humillado á la vez, iracundo en su despecho, menospreciábase por la oportunidad perdida.

—Entonces mi lanza no se recordaría como la del tigre de los Llanos, sino como la del terror del Imperio—se dijo.—Porque yo no he sido fe-

deral, ni nada. He peleado por pelear, fué mi pasión desde muchacho. Ahora mismo acepto hasta la Constitución unitaria, con un presidente como mi secretario Ortiz, que no es un ignorante como yo. Pero cuando hablo de constituirnos, hasta el general Rozas, á quien tengo por uno de los porteños más avisados, sale con que no ha llegado la oportunidad, y por falta de ésta nos seguiremos matando otros diez años, sin encontrar oportunidad de constituirnos en una sola y grande familia, ante cuya Constitución sean iguales *el porteño y el riojano*.

Y tras exclamaciones y desahogos, entreabrió la puerta para dar paso al de la inmediata sala donde el dueño de casa venía de jugar, y preguntó:

—Amigo D. Braulio, ¿cómo se llega más pronto donde el Sr. Rivadavia?

### IV

Y este refractario de la civilización, personificación viva de indómito montonero, rebelde á toda sumisión, que ni aun de niño logró sentar su maestro á la mesa entre sus compañeros, que se jactaba de no haber entrado en la vida en una iglesia, de nativa aversión á la ciudad, al *pueblero*, á todo lo que era decente y elevado, que confesaba tener por única pasión el juego y la lucha, que *nunca quiso ser gobierno*, según dijo, pues peleaba sólo por abatir todo rival que se cruzara, y abrirse camino con la punta de su lanza, siendo su especial objeto infundir miedo y dominar por el terror, caía al fin vencido por todo lo que había combatido.

Luego que respiró más pura atmósfera, fué contaminado y encadenado por la civilización.

El provinciano que odiaba á los *porteños*, el gaucho que se burlaba de los doctores, el *comandantejo* de campaña que se mofaba del presidente de la República; vivo antagonismo del poncho sobre el frac y la lanza contra la pluma; el desparpajado para vestir, hablar, obrar y pensar; subyugado por todo lo que seduce, cautiva y atrae en esta capital de los *porteños*, llegó á confiar sólo en el consejo de los doctores, á hombrearse y respetar á los prohombres del partido unitario, que tanto había combatido, y hasta vestir en la más elegante sastrería francesa de M. Doudignac... En sus últimos tiempos se hallaba ya á medio civilizar. Enredado por esos mil *nadas*, hilos invisibles de trama sutil, pero inquebrantable, del medio ambiente que se respira, que es imposible rehuir, compenetrándose había sin advertirlo.

Gustaba hacerse explicar cuanto no comprendía. Preguntaba, interrogaba con frecuencia á cuantos creía más instruidos que él, y retenía repitiendo la frase aprendida.

## V

Una mañana se anunció en casa del general Alvear, cuando éste habitaba en la vereda de la antigua casa de Iturriaga (calle de *San Martín*). El vencedor en Ituzaingó había reunido una selecta biblioteca de clásicos y militares. Sobre la base de la que heredó su padre, sabio astrónomo, y que aumentada por su hijo conserva hoy el nieto, Dr. Marcelo Alvear, llenaba los estantes de su estudio.

Como la hora matinal era algo intempestiva, aunque no para Quiroga, madrugador por costumbre, mientras tardaba el dueño de casa, recorría aquél los títulos de lujosas encuadernaciones, leyendo: Tucídides, Plutarco, Platón, Xerjes, Alejandro, César, Napoleón, Mariscal de Sajonia, Turena, Duque de Guisa, Memorias de Wellington, Nelson, Gravina, Churruca, cuando apareció el general prendiéndose el último botón de su casaca militar. Pasaron los saludos de etiqueta, que poca gastaba Quiroga, y entrando de pronto en conversación de confianza, dijo señalando los libros:

—¿Y todo esto, general, todos estos lindos libros ha leído usted?

—No, señor; son autores de consulta los más; otros, recuerdos de amigos; la mayor parte, de instrucción, alguna lectura recreativa. Aquellos más viejos mamotretos, reliquias de mi abuelo que conservaba mi padres.

—¿Es verdad que á usted le enseñaron á pelear por escuela allá en España? En mi pueblo no había maestros; aprendí á pelear por cuenta propia, por gusto no más. Esta es la diferencia entre un brillante general de escuela y uno de afición. Por eso yo siempre confíe todo éxito al empuje de la primera carga que arrolla, envuelve y se lleva todo por delante. Poco he leído en mi vida, aunque me hago leer todas las mañanas la *Gaceta*, principalmente cuanto malo de mí escriben los *porteños*. Ni sospechan esos degolladores á la pluma que el tigre de los Llanos anda entre lobos, rastreando el medio más expedito para evitar que se coman los corderos, pues ya no van quedando más que sus colas. Sólo he leído un libro: *Los viajes de Anacarsis*. Ese sí, lo he leído dos veces, porque siempre ese joven instruye, aunque se viaje en galera riojana.

En otra ocasión jugaba á los naipes en casa de su compadre entre densa nube de cigarros. Quiroga no fumaba; menos lo fumaban. Miraba al Dr. Vélez, que miraba, por cuya ilustración tenía respeto, y quien nunca jugó sino un gran rol en nuestra política.

De repente le interroga:

—Y dígame, mi *dotor*, usted que lo sabe todo: ¿qué habrá querido de-

cir mi señora doña Florentina al ofrecerme esos bizcochos para el mate, repitiendo tan duros como los de Herculano?

—Oiga, general. Allá por la campaña de Nápoles, no hace mucho tiempo se descubrió una ciudad mil años sepultada bajo la lava del Vesubio. Paisanos jugando á la *taba*, ó asando un cordero, y hasta pan y bizcochos al horno, duritos, como usted debe suponerlos, se han encontrado al descubrir las ruinas, y *velay* la comparación. Un campesino muy fortacho, Hércules, cruzaba hace años por esos pagos sumiendo una montaña de un puñetazo y rasgando en dos, de un tirón, un continente, por lo que frente al Africa y la Europa se recuerdan á sus extremos las columnas de Hércules. Pero, sin ir tan lejos, me parece que usted anda con ese hombre á cuestas, ó al menos con las columnas, que le recuerdan, á la cintura, pues las columnarias de su tirador llevan grabadas las columnas de Hércules en memoria del que allanó montañas con su maza y luego se fundó un pueblo con su nombre, de cuyas ruinas han sacado bizcochos tan duros como éstos.

—¡Ajá!... Con gusto hubiera cruzado una lanza con tan fornido compadre.

## VI

Y por largo tiempo se le pegó la comparación, que á cada rato repetía la muletilla: «tan duros como los de Herculano,» frase que oyó entre sus contertulianos á la ilustrada señora Florentina Ituarte de Costa, sobreviviente setenta años más tarde y aún de memoria muy feliz....

Por esos días, poco después de haber salido Rivadavia de Montevideo, se anunció la venida del general Lavalle, que trabajaba en una estancia en el Estado Oriental.

—Me gustaría dar un abrazo á ese valiente—dijo al hermano de este general, que después fué de gerente á las minas de la Rioja y Catamarca, en que tanto interés tenía Quiroga.—¡Qué cargas de caballería ha dado desde Pichincha á Ituzaingó! No deseo que mis hijos sigan carrera militar; pero si lo han de ser, á ningún otro jefe se los confiaría con más gusto.

Y con los años, el hermano mayor de aquel otro Facundo Quiroga, D. Facundo el bueno, á quien por lo honrado y servicial llegósele á llamar padre del pueblo (en San Pedro), fué un día ayudante de Lavalle.

A más de Alvear, Balcarce y D. Domingo de Oro, de quien salió muy bien aconsejado, oía mucho el general á José Santos Ortiz, Ocampo, Vélez y otros prohombres.

Rozas empezó á desconfiar de estas sus nuevas amistades, y, para ha-

lagarlo le inventó en su felonía el papel de pacificador. Solía repetir en sus intimidades:

—Estos *porteños* tan bellacos y barulleros son volubles como las aguas de su gran río, que amanece *mansito* y quieto y á mediodía ya está furioso y terrible, de un geniazo de los diablos. Como están de porteros á la entrada del puerto, lo quieren todo para sí, sin acordarse que los *arribenños*, y aun en la Rioja, también se acostumbra á comer. Necesitan un hombre de *muñeca* y brazo fuerte que los entre en vereda.

Verdad que esto sólo murmuraba entre provincianos; pero sus ideas fuéronse modificando, atraído, desbastado y comprimido por la mayor cultura que recién conoció en esta ciudad. Sobre todo, ante el valor, se descubriría en cualquier parte que lo encontrara.

Al entrar en casa del general Guido salía un inglés alto, pálido, cojeando, y saludándole con respeto el Dr. Vélez, que iba á enseñarle la quinta, dijo:

—¡Hola! ¿Cómo va mi paisano?

—No lo parece—dijo sonriendo Quiroga.

Y al saber que era el almirante Brown, de cuyas hazañas Quiroga fué grande admirador, pues decía que para ser guapo en el mar se necesitaba de dos valores; después de hacerle grandes cumplimientos, luego de separarse preguntó:

—Tan blanco y rubio el uno, bronceado y pelinegro el otro, ¿por qué le dice mi paisano?

—Pues ahí verá usted, general: somos de una raza, aunque no lo parezca, y el almirante Brown me ha contado haber oído misa en la catedral de Dublín con el general Sarsfield, cuyo descendiente se embarcó para Córdoba, cerca de cuya capital nació.

—*Velay*: ¿por qué no compra esta casa de al lado?—le aconsejó el doctor Vélez una de las noches que más ganancioso salía Quiroga de la tertulia de D. Braulio Costa y en que Sarratea dió la noticia de que su vecino el señor Lezica veíase obligado á enajenar la antigua casa de Filipinos, frente la iglesia de que era benefactor.

—Un buen consejo, general, anímesele—repitió Vélez parándose en la misma altísima puerta tachonada de grandes clavos bajo el número 453, hoy *Defensa*,—y dejará así una propiedad para sus hijos, que siempre ha de valer más que la *plata de Güemes*, riojana ó boliviana.

—No echo en saco roto el consejo. Véamele *los papeles*, mi doctor, no le vaya haber quedado gravámenes por quiebras, pues estoy decidido á establecerme en este centro de ilustración para que se eduquen mis hijos y no queden tan ignorantes como yo.

## VII

Hasta hoy apenas se presenta proyecto de mejora alguna, cuya iniciación no se descubra en la progresiva administración Rivadavia y desde su fecundo ministerio.

Los hombres pasan, sus obras quedan y por éstas son juzgados.

Inconmovibles siguen las que el primer estadista fundó.

¿Dónde están las que el primer caudillo levantara?

Mal instrumento de trabajo es la lanza. Su obra es infecunda, pues que nada se construye á lanzazos. El caudillo riojano no llegó á manejar otro arado.

Y cuentan que uno, dos y tres días concurrió Quiroga, desde el amanecer, al embarcadero, sin encontrar ballenera que bajo el temporal deshecho le transportara á borbo del bergantín francés *L'Herminie*.

Y este valiente montonero, que confesaba haber sólo una vez conocido el miedo, cuando prendido en las ramas flexibles de un pequeño algarrobo balanceábase ya sin fuerzas, próximo á caer en las garras del tigre de los Llanos que le acechara el pie, como nunca se había embarcado, temió balancearse sobre aquellas olas aterradoras, en la soberbia tempestad del Plata, cuya furia no se animara á desafiar, como la de los hombres.

De regreso á casa del Sr. Costa, encontrando en ella con uno de los hermanos del general Lavalle á D. Simón Pereyra, encargó á éste que fuera á ofrecer su fianza personal y pecuniaria al Gobierno, para que dejara desembarcar libremente al Sr. Rivadavia.

Así, estos dos extremos del círculo sin fin de nuestras evoluciones llegaban á tocarse, como todos los extremos se tocan. Antagonistas en todo, vencido al contacto de la civilización, tendía su mano el más terrible caudillo al más ilustrado estadista, agradecido al saber que todo medio quiso convertir en buen medio para el engrandecimiento de la patria. ¡En cuántas ocasiones hasta del mal se extrae bien, si se sabe extraer!

Y cuando contrariado y pesaroso subía Quiroga la barranca, divisaba allá á lo lejos, hundiéndose entre el doble horizonte esfumada, como perdida entre revueltas olas, bajo cielo encapotado y sombrío, *L'Herminie*, donde poco antes fondeara la nave de San Martín, que también se alejó sin bajar á tierra llevando á Rivadavia y su fortuna.

Última esperanza en el confín de la patria, desaparecía obscureciéndose ésta como á la ausencia de un astro, á buscar descanso en tierra extranjera que él había combatido, al impulsar ésta de su nacimiento por todos los caminos del progreso.....

¡Allá va el primer estadista argentino, expulsado de las riberas que ilustraran su nombre, sin temer á los calabozos de Cádiz que encerraron al general Miranda, á reposar sus últimos años en hogar amigo, en tierra enemiga!

## VIII

En cuanto al general Quiroga, recordado dejamos en otra tradición cómo, «víctima de su soberbia,» fué el año siguiente á morir en Barranca Yaco. En vano su secretario el doctor Ortiz, con lágrimas en los ojos, le suplicaba no siguiera el camino, pues de aquel mismo rancho donde se hacía el último relevo, pocas horas antes había salido la partida de salteadores á emboscarse en lo más estrecho del camino del inmediato bosque. Cuantos le querían ó le temían, que eran los más, pues aunque antítesis de Napoleón, creía en su máxima que todo poder ó nombradía reconoce base más consistente en el temor infundido que en el amor atraído, le rogaban lo mismo. Hasta el capataz de la última posta le rogaba por todos los santos prefiriera el camino perdido que Ibarra le indicaba, evitando el inmediato bosque sombrío donde Santos Pérez le saldría al encuentro.

—¿Quién ataja el paso á Facundo Quiroga?—exclamó, cegado por la ira.  
¡Cuán cierto es que el destino siga al que debe perder!

Y echando tacos y votos tomó su lanza, diciendo al blandirla:

—¡Recuerde el que no me quiera seguir, que peligro más inmediato tiene en la punta de esta lanza que el que podamos correr! Adelante, cara... bola ¡A que me hago escoltar por los mismos asesinos!

Pero, aunque guapo con las armas, en esta ocasión le salió el tiro por la culata. No había rodado tres leguas la pesada galera á todo escape, cuando en medio de la densa nube de polvo que levantaban, fué rodeada por emponchados de aspecto patibulario. Asomando por la ventanilla, grita con aquel acento terrible que infundía miedo:

—¡Quién se atreve á atajar el paso á Facundo Quiroga!

El que á hierro mata á hierro muere, y haciendo brillar el amarillo naranjero se acerca Santos Pérez, quien al sacar bajo del poncho deja en descubierto los escapularios que cual los amuletos de Muselino y bandidos de la Calabria usaban también los de aquella sierra, lo descarga sobre el pálido rostro que enmarañada cabellera, tan renegrida como sus

largas barbas, acentúan con siniestro ceño el del tigre de los Llanos.

Aun herido salta por la portezuela trasera y su energía indomable le da tiempo á tender sin vida de un tiro al asesino más próximo; pero al fin rueda por tierra, siendo todos sacrificados, no escapando uno con vida, ni el pequeño postillón que debiera regresar con los caballos á la posta, como para que no quedase ni quien contara el cuento.

Hace más de treinta años, en nuestro incesante vagabundeo, cierta noche de trueno, extraviados entre los confines de la sierra de Córdoba, la lluvia, el viento y el frío de la tormenta que arreciaba, nos obligó á refugiarnos en una derruida ermita á la vera del camino de Santiago. El viejo guía que mal nos guiaba dijo:

—Esta es la célebre capilla donde Santos Pérez vino á rezar ante la Virgen, preguntándole si debía matar á un hombre tan valiente como el general Quiroga

—¿Y la Virgen le aconsejó el asesinato?

—Puede ser, señor; pero también los santos padecen sus equivocaciones, pues que á pesar de todo no faltó quien fuera con el cuento; pero como Santos Pérez se disculpaba con no haber cumplido más que con la orden del gobernador Reynafé, éste, que ejecutaba lo que Rosas había mandado y luego Santos Pérez, Reinafeses (tres hermanos) y cuantos en la tragedia de Barranca Yaco se encontraron, fueron llevados á Buenos Aires y colgados por su tirano en la plaza principal. Desde entonces—agregaba el gaucho santiagueño—ya nadie reza en esta capilla, y los asesinos han perdido la confianza en la protección de esta Virgen, porque en aquella ocasión se engañó fiero

